

DECIR

AMIGO



ELISA ROLDÁN





www.loqueleo.santillana.com

© 1989, ELISA ROLDÁN

© 1989, 1995, 2010 (corregida), 2014, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S. A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4645-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Roldán, Elisa

Decir amigo / Elisa Roldán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2016.

160 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4645-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni
por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE
ENERO DE 2016, EN ENCUADERNACIÓN ÁRAOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704)
RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

DECIR
AMIGO

ELISA ROLDÁN

loqueleq

“Decir amigo,
se me figura que
decir amigo
es decir ternura.
Dios y mi canto
saben a quién nombro tanto”.

Joan Manuel Serrat

I
ENTRE LA ESCUELA Y EL CLUB

— **P**ermiso, profesora, vengo a buscar a una alumna.

Lucrecia, la preceptora, había asomado la cabeza por la puerta de 3.º 2.ª interrumpiendo a Delia Carbone, la profesora de Matemática, que estaba en medio de una complicada explicación sobre polinomios. Con la tiza suspendida en el aire y un leve movimiento de cabeza, le dio su autorización.

—Monti, te llaman a dirección —dijo Lucrecia, acompañando sus palabras con un gesto cortés hacia la profesora.

Andrea levantó la cabeza del montón de borrones y manchas que era su carpeta y rezongó en voz baja.

—Y ahora, ¿qué les pasa?

Después se puso de pie y salió arrastrando los talones con aire de mártir. Un murmullo recorrió la clase, aunque nadie se asombraba demasiado. Andrea Monti había sido la principal protagonista de algunos de los desastres más memorables de los últimos años. Pastillas

de insecticida en los baños, disfraces para el esqueleto que usaban en Biología y algún que otro petardo estremeciendo los vidrios de la escuela figuraban entre sus hazañas. Sin embargo, siempre se las había arreglado para mantenerse en el filo de la navaja con las amonestaciones. ¿Se le habría ido la mano esta vez?

La hora de Matemática siguió, prolongándose en una monótona sucesión de símbolos y números. Faltaban pocos minutos para la salida. En el fondo del aula se advertían algunos movimientos mal disimulados: alguien guardaba los útiles en la mochila, otro separaba el dinero para el colectivo, un par de compañeros de banco cuchicheaban organizando el encuentro de la tarde.

Delia Carbone comprendía esa inquietud de sus alumnos. Pero su fama de “severa” le impedía legitimar la falta de interés de los últimos minutos. Sin embargo, su experiencia y alguna lectura de pedagogía le indicaban que no era ese el momento para hacer anuncios espectaculares: ninguna propiedad nueva, ninguna fórmula matemática mágica podía ser asimilada en ese tiempo. Entonces acompañaba la distracción de sus alumnos con un tono monocorde y una explicación que, resignada, repetiría en la clase siguiente. Prefería mirar el pizarrón y no la clase, para no ver el movimiento

que anunciaba, mejor que cualquier reloj, la proximidad del timbre.

Y el timbre sonó: era la hora de salida.

—Retomamos el tema en la próxima clase. No dejen de resolver los ejercicios que les indiqué —fue la despedida de la profesora, que solo escucharon los alumnos de los primeros asientos. El resto estaba ya de pie, con la actitud de quien tiene algo muy urgente que hacer en otra parte.

—... te digo que se debe haber mandado alguna “grossa” —dijo Mariana, que se moría de curiosidad por saber lo que había sucedido—. ¿La habrán encontrado rateándose en el baño? O a lo mejor, volvió a meter el gato de la portera en una bolsa.

Valeria se rio al recordar la historia que mencionaba su amiga, y las dos bajaron la escalinata del Nacional 17 de Caballito, que se iba llenando de un rumor de chicos al sol tibio del mediodía. Se recostaron contra la puerta de un auto estacionado frente al colegio y Mariana sacó un espejito de la mochila mientras Valeria estiraba el cuello para buscar a alguien entre los grupos que de a poco se dispersaban. Al encontrarlo, sonrió. Javier la saludaba con la mano en tanto su cuerpo flexible, de anchas espaldas, se deslizaba ágilmente escaleras abajo. En un segundo estuvo con ellas.

—¿Qué dicen las chicas? —preguntó, tomando a Valeria por el hombro.

—Llamaron a Andrea a la dirección y no sabemos por qué —se apresuró a responder Mariana mientras guardaba mecánicamente el espejito en su mochila—. Ella te va a contar —y consultando su reloj, agregó—: ¡Uh!..., tengo que ir a buscar al plomo de mi hermanito al colegio. Mi vieja tiene que mostrar unos departamentos en Flores y me enganchó de niñera...

Antes de despedirse, combinó encontrarse con Valeria en Ferro a las tres de la tarde.

El club era el punto de reunión casi obligatorio de los viernes. Allí Mariana podía planear a gusto las actividades para el fin de semana y compartir alguna gaseosa con Pablo o con Sebastián, amigos a los que solamente podía encontrar en ese lugar.

Javier tomó la mochila de Valeria y ambos comenzaron a caminar hacia Primera Junta. Se habían conocido hacía tres meses, cuando los había presentado un compañero de 4.º 1.ª, la división de Javier. Aquel día Javier la acompañó unas cuadras, mientras se sentía extrañamente contento mirando su figura frágil y su pelo rubio y brillante. También Valeria había quedado impresionada por el aire serio y a la vez alegre de Javier. Le gustaba el mechón arisco de su pelo negro y la divertida inteligencia que brillaba en

sus ojos. Su presencia fue importante para ella porque se había mudado al barrio a principios de ese año y era nueva en el colegio. No le había resultado fácil acostumbrarse al cambio, pero cuando “se engancharon”, ella se sintió definitivamente bien con su nueva vida.

Ahora caminaban despacio, tratando de demorar todo lo posible las siete cuadras que los separaban de la casa de ella. Iban abrazados, comentando los incidentes del colegio y Javier aprovechó el semáforo de Alberdi para darle un beso.

El ruido del tránsito de Primera Junta iba quedando atrás y daba lugar al manso ritmo de Caballito.

Faltaban apenas tres cuadras para llegar y Javier preguntó:

—¿Cuándo me vas a invitar a tu casa?

Valeria hizo un gesto de duda:

—Hay que esperar, Javier. Mi papá es un tipo muy difícil. Cuando estaba Miguel en casa, para mí todo era más sencillo..., pero ahora... —y la voz de Valeria se estranguló ante el recuerdo de su hermano. Javier la miró sorprendido y ella hizo un esfuerzo para continuar con su relato—: Nunca te conté por qué se fue de casa hace meses. Fue justamente porque se peleó con papá. Él estudiaba ingeniería pero decidió, medio heroicamente, largar la facultad y casarse con Patricia. Mi viejo no se lo bancó:

soñaba con un hijo ingeniero, como él... Y bueno, Miqui se tuvo que ir de casa, buscar un trabajo cualquiera...

—No te preocupes, de última lo va a ayudar —dijo Javier casi por decir algo, porque no alcanzaba a comprender la reacción del padre de Valeria. Recordó que el suyo siempre decía que entre un padre y un hijo todo tenía solución cuando había ganas de entenderse.

—¿Ayudar? Vos no lo conocés a mi viejo, Javi. Para colmo —la voz de Valeria era un susurro—, Patricia está esperando un bebé y a Miguel lo echaron de la siderúrgica donde trabajaba...

—¿Lo echaron? —preguntó Javier mientras la abrazaba como para protegerla de su tristeza.

—Hubo reducción de personal..., y como mi hermano era nuevo... El problema es que tiene que pagar el alquiler. Mirá, la Siderúrgica San Luis ni siquiera le pagó el despido.

—Si querés le pregunto a mi viejo si puede buscarle algún laburo en el Automóvil Club.

Llegaron a la esquina de Centenera y Valle, donde estaba la casa de Valeria. El pequeño balcón blanco del primer piso brillaba al sol y se destacaba contra el verde de la hiedra que cubría las paredes. Era una casa antigua y señorial, de elegantes líneas y sólida construcción. “El ingeniero Echeverry tiene la

mosca del país”, pensó Javier, y después dijo en voz alta:

—Bueno, me voy antes de que tu viejo me corra con un “chumbo”.

—No exageres —se rio Valeria, y abriendo la verja se dispuso a entrar. La detuvo la voz de Javier:

—Valeria, te quiero mucho.

Ella giró hacia él y le dio un beso en la mejilla, luego cruzó el jardín y desapareció dentro de la casa.

Javier se quedó un momento mirando la puerta que acababa de cerrarse. Era así: la quería como no había querido antes a ninguna otra chica. Lo hacía sentir bueno y fuerte. Quería cuidarla para que no le ocurriera nada malo. Lástima la familia. Sin embargo, tenía la esperanza de que el ingeniero alguna vez entendiera. Y entonces todo se arreglaría. Pensó un momento en su padre y en la confianza que se tenían. Quizá su mejor cualidad fuera su infinita capacidad para escucharlo.

Mientras pensaba, siguió caminando. Había quedado en pasar por el Club Oeste para ver cómo andaba el tema de la fiesta. Si el baile organizado para recaudar fondos salía bien, los vestuarios iban a estar listos a fin de año. Aunque el club era pequeño y tenía poco dinero, se había organizado una barra de amigos

con mucho entusiasmo y ganas de hacer cosas. Entre todos lo estaban levantando de a poco: una rifa, un partido amistoso, alguna fiesta, una que otra donación de comerciantes del barrio..., y el Club Oeste crecía. Claro que siempre faltaban fondos y los materiales estaban cada vez más caros. Pero si todos ayudaban... Cuando quiso acordarse, ya estaba en la puerta del club.

Al llegar al gimnasio, Raúl Menéndez lo saludó con una sonrisa ancha. Tres veces por semana, el Club Oeste daba clases de fútbol para los alumnos de las escuelas municipales de la zona. En ese momento, la clase estaba por concluir. Grupos de varones entre los ocho y los nueve años transportaban la pelota de una punta a la otra de la cancha. El ejercicio consistía en tocar la pelota sólo con la parte lateral externa del pie. Era complicado, pero los chicos se entrenaban con verdadero entusiasmo. Raúl Menéndez seguía atentamente cada movimiento de sus alumnos escoltado por Martín. Había gran dedicación en lo que ambos hacían, y los resultados estaban a la vista: el juego de los veintidós chicos se realizaba en forma rítmica y prolija.

—¡Cambio de pie! —La consigna pronunciada con precisión por Raúl Menéndez era acompañada por un breve silbato. Y el milagro se producía. Todos los alumnos